

J. JESÚS GONZÁLEZ RIVAS (†)

*J*esús González Rivas nació el 16 de julio de 1933 en el rancho El Zapotito, municipio del Teúl de González Ortega, Zacatecas. Desde pequeño fue un alumno destacado que aprendió a leer y escribir en tres meses. Estudió en las escuelas normales rurales de San Marcos, Zacatecas, y Mexe, Hidalgo, donde se integró a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Posteriormente, estudió en la Escuela Normal Superior de Nueva Galicia, Jalisco, un posgrado en la UAA y una especialidad en la UPN. Desempeñó diversos cargos directivos, participó en investigaciones educativas y tuvo varias publicaciones. Fue integrante de Seminario de Cultura Mexicana y destacado maestro de La Cofradía. Su vida y obra es reconocida en el magisterio de Aguascalientes, pues dejó un gran ejemplo de compromiso, dedicación y respeto hacia la profesión docente.

Fidelidad a tu recuerdo

Un tenue viento de aromada esencia
es el recuerdo de un amor lejano:
sueño de juventud, puro y galano
que alegra la aridez de mi existencia.

La añoranza mitiga el mal de ausencia,
la tristeza me libra de su mano,
la cuerda del dolor pretende en vano
asfixiar mi esperanza sin clemencia.

Brilla el sol en el cielo y los gorriones
dialogan en la fronda con las rosas,
florecen por doquier las ilusiones.

Un prodigio cambió vidas y cosas:
las quejas se tornaron en canciones,
los recuerdos se han vuelto mariposas.

Atequiza, Jal., abril de 1966.

En una tarde gris

Tu ausencia material me desconcierta,
estruja mi alma, abate mi entereza,
nubla los horizontes donde antaño,
entre celajes de sonriente calma,
brillaba alegre la luz de la esperanza.
Mi canto sonoral de notas líricas
ha enmudecido en decreciente escala
hasta llegar al sepulcral silencio.
Frágil y a punto de final suceso,

dando tumbos de agónica porfía
flota el esquiife roto de mi vida
en el mar insondable de la angustia.

Marzo de 1981.

El tercer tiempo

En uno de mis textos hablo de que Aguascalientes ha sido para mí una presencia en dos tiempos: el primero, el de la época de estudiante campesino, cuando esta ciudad era el único centro urbano importante que yo visitaba algunas veces; el segundo, cuando el destino quiso que pudiera establecerme aquí en compañía de mi familia. Sin embargo, últimamente he caído en la cuenta de que Aguascalientes significa también el presente que estoy viviendo. De este modo, puedo hablar de un tercer tiempo, de ahí el porqué del título que encabeza esta modesta antología.

Este tercer tiempo tiene que ver con la llegada a la tercera edad con todo lo que brinda y lo que niega, lo que da y lo que quita. En mi caso, tengo que estar agradecido porque me trajo la jubilación y, gracias a ella, he ingresado a un periodo de calma propicio para la reflexión, la lectura, oír la música que me gusta, ver películas y alternar con mis amigos.

Me ha traído, además, algunas enfermedades, la pérdida irreparable de algunos familiares, de amigos que extraño y recuerdo con cualquier motivo y a cada rato. He procurado no caer en la trampa del hastío y en el vacío del aburrimiento. Es tiempo de revisión, de examen de conciencia, de hacer el balance sobre lo que hemos sido y lo que no pudimos ser, sobre lo que hicimos y lo que debimos haber hecho.

Vivir en Aguascalientes en este tercer tiempo, en este tercer escalón de mi vida, me ha dado ocasión para llenar,

productivamente, mis ratos de ocio; estoy convencido de que nunca es tarde para emprender nuevos caminos. Con esta idea en mi mente solicité ingresar al Seminario de Cultura Mexicana con su Corresponsalía en Aguascalientes. Al ser aceptado en esta instancia cultural, he tenido la oportunidad y el privilegio de entrar en contacto con personalidades que ocupan un lugar sobresaliente en diversos campos de la cultura: periodistas, historiadores, pintores, músicos, escritores, etcétera. El trato con ellos ha ensanchado mi visión acerca del conocimiento. Ahora puedo constatar que la cultura no es un logro individual, sino la suma de acciones colegiadas y de procesos interdisciplinarios.

Por encomienda del seminario he aportado algunas de mis experiencias de orden educativo pedagógico. Con tema histórico, presenté un ensayo, en 1994, sobre la participación de los maestros en la Revolución mexicana. Éste fue publicado en el número 1 de la colección Tercer Milenio que edita el Instituto de Educación de Aguascalientes (IEA) y ha circulado a través de la oficina de difusión del propio instituto. La edición estuvo a cargo de dos jóvenes maestros que me distinguen con su amistad, Rolando Bernal Acevedo y Armando Quiroz Benítez; el prólogo lo hizo el historiador y maestro universitario Salvador Camacho Sandoval, de quien admiro su amplia producción como escritor y, desde luego, su sencillez y bonhomía.

Asisto con regularidad a las reuniones mensuales que, con carácter ordinario, celebra la Corresponsalía, así como a las conferencias y exposiciones que convoca. Debo decir que mi participación en el seminario es, más bien, discreta, acorde con mis antecedentes formativos. A veces me pregunto qué estoy haciendo ahí, tratando de alternar con personas muy connotadas en los campos de la cultura y las artes. No obstante, estar consciente de mi limitada participación me complace tener cabida en ese foro al que con frecuencia recurren las instancias oficiales en demanda de opiniones y criterios para tomar deci-

siones importantes que tienen que ver con la vida sociocultural, ya sea en el ámbito local y, a veces, en el contexto nacional.

Por invitación expresa que me hicieran algunos exdiscípulos, maestros con reconocida vocación histórica y literaria, participo, aunque con escasos merecimientos, en las reuniones de La Cofradía, grupo de amigos que se reúnen cada mes para dar a conocer e intercambiar sus textos literarios o históricos y hacer el análisis y la crítica acerca de esos materiales. Este grupo comienza sus reuniones en plan de bohemia: se brinda con bebidas espirituosas, se degustan las viandas que ofrece el anfitrión en turno y se hace gala de gracia e ingenio en charlas aparentemente informales. Pero llega un momento en que los asistentes cambian diametralmente su rol: empiezan a intercambiar los impresos que contienen sus textos y la reunión de bohemios se transforma en un dinámico taller literario al que aportan los cofrades sus composiciones poéticas, algún ensayo, alguna crónica, o bien, alguna pieza narrativa, materiales cuya lectura desencadena la crítica, juicios y sugerencias que tienen como finalidad pulir y mejorar los textos.

La Cofradía se constituyó en 1994 a partir de la invitación que Rolando Bernal Acevedo, entonces director del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA), hizo a un reducido círculo de amigos. Recuerdo que acudieron Luis Avelar González, Armando Quiroz Benítez y Juan Manuel Aranda Mata. En esa primera etapa participaron también Mario Cruz Palomino, el profesor Demetrio Rodríguez Orozco y su hermano el profesor Antonio. Después, se fue sumando gente muy valiosa, entre ellos mencionaré a Jesús Gutiérrez Romo, Fortino Valdivia Magdaleno, Rogelio Guerra Espinoza, Alejandro Collazo, Jaime Arteaga Novoa, Salvador Camacho Sandoval, Gustavo Meza Medina y algunos más, cuyos nombres escapan en este momento de mi memoria. En la etapa actual se han incorporado jóvenes valores como Adán Contreras Alonso y Zeus Guerra Armas.

Creo que, con el paso del tiempo, cuando haya alguien interesado en la investigación del acontecer cultural de Aguascalientes, puede recopilar en una antología la variada y abundante producción de La Cofradía. Nuestros sucesores constatarán que hubo un grupo de jóvenes amantes y conocedores de la buena literatura que formaron una especie de ateneo aguascalentense, cuyas huellas y testimonios fehacientes quedaron registrados en las páginas de la historia literaria de esta porción de nuestra patria. Como queda dicho, la producción de La Cofradía es abundante y variada en cuanto a géneros. Vale la pena recopilar esa producción.

Gran parte de ella la conservan algunos de los cofrades, me consta que Mario Cruz Palomino es quien ha tenido el cuidado de ir archivando ordenadamente los trabajos presentados; además, él, gracias a sus probadas dotes en las artes plásticas, ha sido prácticamente el cronista gráfico de La Cofradía. Es de hacer notar que tan sólo con las crónicas y relatos que, invariablemente en cada reunión, presenta el periodista Jaime Arteaga Novoa, se podría integrar una interesante colección.

La disponibilidad de tiempo me permite en esta etapa de mi existencia redactar sencillas notas con pretensiones de llegar a ser ensayos; he colaborado, con cierta regularidad, en *El Barzón*, esfuerzo periodístico que realiza el estimado amigo Gilberto Lozano Montañez. Me siento honrado por la distinción que me han dispensado algunos amigos y compañeros al invitarme para que les escriba el prólogo a obras de su autoría. Pues bien, la recopilación de sencillos textos y notas sueltas es la que da forma y contenido al volumen que se ofrece a la benevolente atención de los posibles lectores.

Extraversión autobiográfica

Hace siete décadas, cuando ayudaba a mi padre en las labores del campo bajo los rigores e inclemencias del tiempo, pensaba yo que cuando fuera grande tendría otra ocupación más cómoda y más provechosa para mis semejantes. En este sentido, aspiraba a ser como mi maestro de escuela, quien, por sus cualidades, se había ganado el respeto y la estimación de todos en aquella comunidad rural donde vivíamos; además, quería transmitir mi acervo cultural que se reducía al conocimiento de la historia sagrada, la historia de México escrita por Gregorio Torres Quintero bajo el título de *La patria mexicana* y algunos cuentos y fábulas extraídos de los libros que leíamos en clase.

Mis maestros de primaria fueron excelentes personas. Ellos hicieron el bien de estimularme y ayudarme para que siguiera adelante en el estudio. No puedo decir que hayan sido maravillas de la pedagogía, pero, en cambio, eran honestos, responsables, se entregaban sin reserva al cumplimiento de la misión que tenían encomendada, rebasando el tiempo de los horarios y los límites de la escuela, fundiéndose con la comunidad rural para promover, desde dentro de ella, la dignificación social de la gente por medio de la recreación, el deporte y las tareas de mejoramiento material. En el aula eran una combinación de reminiscencias lancasterianas, con ribetes positivistas y aires de resonancias socialistas.

A los trece años de edad llegué a la Normal Rural de San Marcos, Zacatecas, y allí experimenté un cambio radical en mi forma de vida y de ver el mundo. La escuela pasó a ser todo para mí. La vida del internado, poco a poco, se me hizo no sólo tolerable, sino también agradable.

Pude adaptarme al ritmo y a la rigidez de un sistema semimilitarizado: formación de revista en la madrugada, tiempo limitado para tender la cama y asearse, formación y paso redoblado para pasar al comedor, toque de corneta para

entrar y salir de clase, desfiles cívico-militares en fechas especiales, honores de ordenanza a la bandera todos los lunes, mañana y tarde, rigurosa asistencia a la hora de estudio y biblioteca después de la cena, toque de silencio, lúgubre y solemne, que indicaba la hora de recluirse en el dormitorio y prepararse para el descanso nocturno que, a las cinco y media de la mañana siguiente, era interrumpido bruscamente cuando nos despertaba el toque de diana ejecutado por la banda de guerra que paseaba con su rítmico estruendo por los corredores y pasillos de la escuela pregonando la hora de levantarse. Luego de pasar la revista, había que ir corriendo a traer los útiles y asistir a aquellas clases tempraneras de seis a ocho que se aprovechaban muy bien, porque a esa hora se tenía la mente despejada.

Esta vida podría parecer monótona, pero no era así gracias al ambiente de camaradería que vivíamos, a las idas al cine los domingos, a los festivales que se presentaban cada viernes y, sobre todo, a las fiestas del Día de la Mujer, el Día del Maestro, del Estudiante y la gran fiesta de aniversario, sin olvidar la solemne ceremonia de clausura de cursos.

Estas celebraciones culminaban con rumbosos bailes amenizados por las orquestas de moda. A ellos se invitaba especialmente a las muchachas de la Normal Rural de Cañada Honda, Aguascalientes. La relación fraternal y siempre respetuosa que establecimos con nuestras compañeritas de Cañada llegó a forjar firmes lazos de amistad y, en algunos casos, romances más o menos platónicos que, al término de la carrera, se tradujeron en felices matrimonios.

Mis maestros de la normal fueron, casi todos, muy buenos expositores, explicaban sus temas de forma amena, nos pedían que elaboráramos el resumen correspondiente. Después del pase de lista, sorpresivamente preguntaban la clase del día anterior y registraban las calificaciones para promediarlas con las pruebas mensuales. Hacían de los exámenes semestrales y finales un verdadero ritual que nos ponía tensos. Rigurosos en

la calificación hasta el extremo de los milésimos. La disciplina en la institución era rígida y se llevaba mediante la aplicación de un código disciplinario, discutido y aprobado en junta de comunidad escolar.

Ese código contenía un tabulador que asentaba las infracciones en las que podíamos incurrir y frente a cada una de ellas, las sanciones según la gravedad de la falta; esas sanciones se expresaban con determinada cantidad de puntos que se descontaban de cien que cada alumno recibía al inicio del año escolar; si agotaba este caudal, el estudiante causaba baja de la escuela y se iba a su casa. Con ese sistema, nos habituamos a administrar y controlar nuestro propio comportamiento, además, se evitaban regaños y actitudes autoritarias por parte de maestros y directivos, pues se desterró la inveterada costumbre de sancionar faltas realizando trabajos especiales. Se nos enseñó que el trabajo tenía una función mucho más noble que la del castigo, si éste alguna vez ha tenido esta cualidad.

Los tres últimos grados de la carrera los cursé en la Escuela Normal Rural de El Mexe, Hgo., desempeñando el cargo de secretario de actas y acuerdos del Comité Ejecutivo Nacional de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM). Con este encargo, tuve la oportunidad de conocer casi todas las normales rurales del país y darme cuenta de que la vida en ellas era semejante, casi igual, a la de San Marcos.

La FECSM representaba y defendía los intereses de todos los normalistas rurales, gestionaba los pliegos de petición de cada sociedad de alumnos ante las autoridades de la Secretaría de Educación Pública, con la cual se asumía una actitud de independencia y una postura contestataria como medio de presión política que condujera a la solución de los problemas. En lo académico, mi permanencia en El Mexe fue la continuación de mi vida de sanmarqueño, con la diferencia de que entonces me sentí parte de todo el sistema de escuelas normales rurales.

Cinco años en San Marcos y tres en El Mexe suman los ocho años de mi vida estudiantil. En este periodo pude tender la mirada curiosa hacia horizontes novedosos, entré a un mundo nuevo de cultura espiritual, conciencia social y orgullo nacionalista. Los libros me llevaron hacia escenarios insospechados, llenaron mi mente de acontecimientos históricos y sembraron en mi conciencia la inquietud por el conocimiento.

Un día me vi con un certificado de estudios en la mano, lleno de incertidumbre, pues mi vida iba a experimentar un cambio radical: dejaría el abrigo un tanto áspero –sin embargo, tibio y seguro– del internado y enfrentaría una realidad nueva: la del trabajo. Fui profesor de primer grado y padecí la angustia de ver cómo pasaban los días y mis alumnos no aprendían a leer y escribir. Aunque me esforzaba al máximo y tuve que hacer gala de ingenio y de inventiva para salir del problema, las armas con que me había dotado la normal no eran del todo efectivas, o bien, no sabía hacer uso atinado de ellas; no obstante, reconozco que los hábitos buenos, la perseverancia y una buena dosis de vergüenza me los había imbuido mi escuela madre.

En mi trabajo con alumnos de primaria, sobre todo en el aspecto disciplinario, fui a veces impositivo. Lamentablemente recurrí en ocasiones a los castigos corporales para tratar de corregir faltas que entonces me parecían abominables; por fortuna, estas actitudes equivocadas nunca fueron la norma de mi actividad docente, por lo general, conseguí estimar a mis alumnos y hacerme estimar por ellos.

Después de ocho años de trabajar en escuelas rurales, logré un acariciado anhelo: trabajar en una escuela normal, esto, luego de haber concurrido a seis cursos de verano en la normal superior donde me titulé de maestro en Lengua y Literatura Española. Añorando a mis grupos de primaria, pasé a dar clases a alumnos de escuelas normales, que entonces incluía la secundaria. En el sistema de normales permanecí otros 29 años y me jubilé hace 18.

Reconozco que mi labor docente no tiene nada de excepcional, pero la realicé con gusto, procurando ser responsable; no fui lo que se dice un innovador en el arte de enseñar y en la delicada misión de educar, a cambio de esa carencia, procuré seguir las huellas de los buenos maestros que me formaron. Ahora, he llegado a comprender cuánto se aprende cuando nos damos a la tarea de enseñar.

Los viejos libros de lectura

Los libros de lectura que tuvieron en sus manos los alumnos de primaria hace más de medio siglo estaban, por lo general, modestamente encuadernados y tenían pocas ilustraciones, hechas, casi siempre, a tinta negra; sin embargo, constituyeron amplios ventanales abiertos hacia los dilatados espacios del mundo y de la vida, en cuya contemplación se recreaban las miradas sorprendidas de los niños.

En las páginas de aquellos libros, los lectores en ciernes descubrieron la chispa que luego fue llama de vida en sus almas en formación. El deleite sano de aquellas lecturas sencillas, amenas e interesantes, despertó tempranas vocaciones científicas, aficiones literarias y asomos de compromiso social.

En los libros de lectura de antaño, las lecciones fueron sabiamente seleccionadas por sus autores o recopiladores. La exposición de los contenidos se hacía con lenguaje adecuado a los lectores para quienes estaban destinados; su extensión no rebasaba los límites, más allá de los cuales el aburrimiento impulsa a cerrar el libro y a olvidarse de él.

Las características de aquellos repertorios de lectura, que aquí apenas se esbozan, las encontramos presentes en el desarrollo de sus temas, por ejemplo, de la vida organizada y laboriosa de las abejas, las esforzadas travesías de las aves migratorias, el encanto de los bosques de secoyas, árboles gigantescos

de vida milenaria, o bien, daban noticia de las emocionantes aventuras de los exploradores que abrieron nuevos senderos, lo mismo en las profundidades misteriosas de las selvas tropicales que en las frías y desoladas extensiones blancas de los polos. Otras veces, exaltaban a los héroes de bata blanca que, puestos ante el microscopio y rodeados de matraces, probetas y tubos de ensayo, libraban duras batallas hasta lograr vencer esos azotes de la humanidad que son las pestes y las epidemias.

Con gran interés esperaban los pequeños lectores, en aquellos años, que el maestro continuara el relato mitológico o el pasaje histórico cuya lectura había dejado en suspenso la clase pasada. Con cierta anhelante alegría esperaban el día en que el horario de clases señalaba “lectura recreativa”, para tener la oportunidad de reflexionar acerca de la enseñanza contenida en la moraleja de las fábulas de Esopo, Fedro o La Fontaine. También, para incursionar por esos mundos de fantasía y maravilla que son los cuentos clásicos infantiles recogidos de la tradición oral, como es el caso de los que han inmortalizado a los hermanos Grimm y a Charles Perrault, o los que son fruto de la inventiva creadora de muchos autores, entre los que sobresalen Hans Christian Andersen, Selma Lagerlof y Oscar Wilde.

No es exagerado afirmar que los viejos libros, aquéllos que leyeron nuestros padres y en los que algunos de nosotros también tuvimos oportunidad de leer, constituyeron un rico filón de conocimientos, mensajes dirigidos a las almas infantiles para arraigar en ellas valores permanentes como la verdad, la belleza, la justicia o la solidaridad humana; conceptos que, expresados en actitudes y reflejados en formas de conducta tendrían, y tendrán en cualquier tiempo, la virtud de hacer más grata, amable y digna la vida social.

Cuando se habla de los viejos libros de lectura, acuden a la mente títulos y autores como los que figuran a continuación:

- *Rosas de la infancia*, María Enriqueta
- *Alma latina*, Francisco César Morales
- *Iris*, Atenógenes Pérez y Soto
- *Poco a poco*, Daniel Delgadillo
- *Cuentos, leyendas y poemas*, Miguel Salinas
- *Alma campesina*, Esperanza Núñez de Huerta y Efrén Huerta
- *El sembrador, libros I, II, III y IV de lecturas para las escuelas rurales*, Rafael Ramírez Castañeda
- *Lecturas clásicas para niños*. Obra realizada en 1924 por el primer secretario de Educación Pública, don José Vasconcelos, quien nos dice “que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena”

Algunos libros de lectura procedentes de otros países:

- *Corazón, diario de un niño*, del autor italiano Edmundo de Amicis
- *Lecturas ejemplares (aventuras, realidades y fantasías)*, del autor cubano Herminio Almendros. De este mismo autor, el libro *Oros viejos*, colección de leyendas de varias partes del mundo

